



El factor vergüenza

Se dice que la propuesta de anular el voto es ingenua y que en nada afectará a los políticos electos, los cuales simplemente recogerán sus triunfos y quedarán comprometidos con una menor cantidad de ciudadanos.

Puede ser. Aunque depende del tamaño del rechazo. Un rechazo multitudinario será difícil de tragar para los ganadores, gente que por definición quiere ser aceptada. Después de todo, no son sino políticos en campaña.

La reforma política del año 1978, madre de todas las que siguieron, tuvo uno de sus motores en la vergüenza de los ganadores.

El candidato oficial del PRI de aquellos años recorrió la República sin adversario al frente, pues el único partido legal que podía hacerle oposición, el PAN, decidió no tener candidato. Todos los demás partidos, como era costumbre, se adhirieron al PRI.

De modo que el candidato del PRI, José López Portillo, hizo campaña solitaria inventando novísimas tretas para entretener al respetable. Llegó al extremo de entrar a un pueblo del sureste montando un elefante.

La vergüenza inteligente de los ganadores alcanzó entonces para entender que las cosas no podían seguir así y que era urgente una reforma que impidiera la repetición

del ridículo.

No se trataba de perder elecciones sino de validarlas con la oposición, de modo que la reforma política del 78 abrió la puerta no a la posibilidad de que partidos distintos del PRI ganaran elecciones, sino a que tuvieran una representación proporcional en el Congreso, de acuerdo con sus votos.

Se legalizó entonces al Partido Comunista Mexicano en el ala izquierda, y al sinarquismo en la derecha, para ofrecer una apertura simétrica del espectro político.

El acuerdo implícito de la reforma fue que las minorías no dejarían de serlo, que el gobierno conservaría el control de las elecciones y el PRI su hegemonía.

Pero la razón secreta de la reforma, o al menos una de ellas, fue la vergüenza inteligente o la inteligencia avergonzada del ganador, que se supo sin orgullo y sin grandeza al vencer a adversarios que siempre salían a la cancha sabiendo que iban a perder, y que decidieron en 1976 ni siquiera salir a la cancha.

El anulacionismo del 2009 podría ser una forma de apelar a la vergüenza inteligente de los triunfadores diciendo: no juego tu juego, quédate lo que me has ganado de antemano, pero no me pidas que juegue. ■■

acamin@milenio.com

